

Instrucción y deleite

MARIO
PARAJÓN

Si algún libro recomendaría para las vacaciones a quienes, en el curso de los meses duros, quieren instrucción y deleite a la manera de los ilustrados, el título sería “*El Espíritu de las Obligaciones*”, Alba Editorial, Alba Pensamiento Clásico, 1999. El autor es William Hazlitt, un británico nacido en 1778 que fallece en 1830. Es el ensayista por excelencia, esto es, el hombre que piensa, lee, se expresa desde sí mismo sin dejar por eso de acudir a una instancia ajena a él llamada la razón; es ameno, es viajero, es conversador, no es nunca un especialista; frente a la vida se sitúa a una cierta distancia; no es escéptico ni fanático, aunque si fuera a escoger, elegiría primero aquello antes que esto; y es —¡por supuesto!— un gran conversador y un discreto gastrónomo.

Los ensayos aparecidos en este libro se dividen en cuatro secciones. Trata la primera de la vida y se ocupa del amor que le profesamos, de lo que él llama “vivir para uno mismo”, de la lectura de los libros viejos, el temor a la muerte, el amor

LITERATURA

perfecto y el espíritu de las obligaciones.

Y como la novedad que aporta un ensayista es fundamentalmente su persona y lo que ésta ha recogido en el capítulo de la experiencia, debe leerse a Hazlitt trazando una semblanza de su carácter que venga a sumarse a los rasgos generales ya enumerados como propios del ensayista. Hazlitt escribió una biografía

voluminosa de Napoleón, lo cual es un dato importante para conocerlo. Gran admirador de Francia, vivió en París muchos años. Eso quiere decir, sobre todo en el siglo XVIII, un intento esforzadísimo por liberarse de muchas servidumbres y vivir intelectualizándolo todo, razonando constantemente para no dejarse arrastrar por las pasiones y de cierta manera aspirando a no reír ni llorar, como había dicho Spinoza, sino a ser inteligente.

Lo que pretende Hazlitt es nada menos que ser feliz y encuentra que para ello es importante no caer en la tontería del egoísmo ni tampoco en la abnegación. El egoísta vive en la cárcel del yo buscando inútilmente la salida de la prisión; y el abnegado se consume sin gozar de nada y sin saber que muy pocas veces es posible cambiar las cosas cuando no funcionan bien. En este último punto es donde falla Hazlitt; pero no puede olvidarse que su pretensión consiste en ser un espectador en el sentido más profundo de la palabra. Y un espectador que se tome en serio a sí mismo simpatizará con los que sufren, contemplará lo que ocurre y procederá a describirlo procurando no inclinarse a ningún lado de la balanza; buscará más tarde un paisaje bello para entretener una hora frente a él y disfrutará lo increíble pensando que hay una perdiz dorándose, que aguarda en su cocina.

Este hombre no piensa en sí mismo. Movido por la simpatía que siente ante los demás y el interés que le inspira la naturaleza, ocupará su tiempo en pensar a propósito de todo este espectáculo, y así no caerá en la tristeza ni en la angustia. ¿Qué significa entonces para Hazlitt vivir para uno mismo? Independencia, distancia, una especie de versión de lo estoico que no pone el acento principalmente en la energía de la resistencia serena ante el dolor, como ante el hecho de reducirse uno a ser una mirada sensible, como si habitáramos otra región desde la cual asistimos atentamente a lo que sucede en ésta.

Creo que teniendo en cuenta esta perspectiva, es como se aprovecha mejor la lectura de Hazlitt y se pasa de su “crítica de la vida” a una crítica literaria, a otra crítica de las artes y a lo que él llama “el espíritu de la época”. Me parece que es igualmente útil tener en cuenta que pretendió ser pintor y nunca pudo serlo, pero que tenía realmente vocación de artista plástico y falta de aptitudes para serlo. Quienes padecen de esta anomalía, realizan invariablemente esa vocación, de pero de otra manera y en otro terreno. Hazlitt quiso, en vista de su frustración como pintor, adoptar siempre en la vida la actitud del que se enfrenta a la realidad como si su misión ante ella fuese únicamente representarla, no en un lienzo, sino con palabras.

La recién nacida editorial *Colibrí* acaba de publicar un libro de lectura imprescindible para filólogos, críticos y aficionados a las literaturas hispánicas: “*La Prole de la Celestina*”, del profesor Roberto González Echevarría, un hombre joven que enseña en Yale, escribe en el *New York Times*, ha colaborado en los trabajos de Harold Bloom y es

autor de varios libros, uno sobre Alejo Carpentier y otro sobre Severo Sarduy, aparte de varios más.

Como hoy no es nada frecuente que un libro de crítica literaria sea riguroso y al mismo tiempo ameno, se lea fácilmente, esté documentado y las citas no pesen, se debe señalar que González Echevarría, al que me apresuro a calificar de gran apasionado por la Nada —y la mayúscula no es arbitraria—, consigue un ritmo de prosa, una emoción, unos aciertos expresivos, nada frecuentes en el mercado literario que se entrega a estas investigaciones.

Y me parece que ello es así debido a esa condición suya, todo lo paradójica que se quiera, pero absolutamente real.

Paso a explicarme, para lo cual sugiero que se trate de seguir un razonamiento que exige remontarse al pasado y dar alguna vuelta que en apariencia se aleja del tema.

Recuérdese algo de la figura del mundo occidental en el siglo XVII, cuando ya la mordedura de Trento, la Ginebra de Calvino y la influencia de Lutero ejercían su pleno señorío. Esas tres realidades tenían varias cosas en común, la menor de las cuales no era el desprecio de este mundo, la consideración de sus vanidades y la creencia que seguía a estos sentimientos: Identificar la Nada con todo lo que provenía del testimonio de los sentidos.

El Ser daba comienzo a partir de la muerte; lo anterior era efímero y desaparecía.

La Nada recibió un golpe fuerte durante el siglo de la ilustración. Fue como si lo anterior a Trento, a Calvino y a Lutero, el Renacimiento, se pusiera de pie desbaratando ese pesimismo en el nombre de la curiosidad, el interés por las humanidades y por la ciencia, la educación, el cultivo del ingenio, el arte de la charla, la cortesía y la maravillosa enciclopedia. Los ilustrados fueron muchas cosas, pero ante todo fueron entusiastas de la realidad, a veces eruditos en los conocimientos de factura humilísima, pero que a ellos les despertaban el apetito.

Pero la Nada se asomaba con cautela y maldad mientras Voltaire se entendía con los campesinos a los que benefició y Diderot se divertía legislando sobre el teatro. El deísmo no era capaz de substituir el Dios de la revelación, la vida era formidable del comienzo al fin, la humanidad tenía porvenir, pero el hombre individual, ese que se afanaba por el progreso, inevitablemente se moría sin la esperanza de prolongar su vida en un más allá.

Y apareció el protestantismo. Pretendió una vida más intensa, más llena de acción, menos mesurada y clásica que la de los ilustrados. El romántico goza con el riesgo, le teme a la prudencia por lo que tiene de aburguesada y asume la Nada

LITERATURA

desde una embriaguez donde el Ser se confunde con quien se le opone. Por algo, al concluir su *Lógica*, Hegel identificó a estos viejos enemigos.

En nuestro tiempo, sobre todo a partir del surrealismo, el pensamiento existencial de Sartre (el hombre es una acción inútil), el ser para la muerte de Heidegger y la caída del mito revolucionario, la Nada

ha vuelto por sus fueros y con mucha frecuencia la asumen los profesores en los Estados Unidos.

Con todas las facilidades para investigar, espléndidas bibliotecas a su disposición, holgura económica, viajes frecuentes a Europa, se alejan de la Nada al estilo de Trento en el sentido de que se interesan en lo que hacen. Se acercan entonces a la Nada de los Ilustrados porque aman la cultura, sólo que a diferencia de los ilustrados no esperan gran cosa de ella. Les interesa muchísimo, pero en el fondo creen que su conquista sólo trae consigo una lucidez. Y admiran el romanticismo por su talante de embriaguez y desmesura, sólo que las razones románticas para embriagarse y romper los límites, las consideran ingenuas.

¿En qué se basan, en qué se fundan para lanzarse a semejante alcoholización del trabajo? En lo que respetan esa lucidez mencionada y en que de alguna manera creen, aunque no lo expresen taxativamente, en la entidad de esa Nada. Es la gran paradoja, ahí está.

Roberto González Echevarría estudia *La Celestina* discrepando de todo lo que signifique situar a Rojas en una tradición de humanismo cristiano. Ve a don Fernando dinamitando el eje racional y optimista de la cultura occidental y nos hace sentir un placer muy vivo cuando

establece conexiones, la del banquete, la palabra y la terminación del trabajo, por ejemplo, gracias a las cuales nos olvidamos de la discrepancia en cuanto a la tesis sobre el conjunto. A propósito de esto creo que le puedo señalar el único defecto que le he encontrado con relación a su talante crítico. En González Echevarría hay una innegable inclinación a la filosofía con la cual quizá no acaba de reconciliarse. Por eso articula sus ensayos con una idea. Eso está muy bien, siempre y cuando se haga el viaje de ida y de vuelta. González Echevarría se lanza al de ida, pero tal vez no redondea el de vuelta y por eso no matiza. Dicho de otra manera: quizá don Fernando de Rojas no fuera ni el embajador de la Nada que González Echevarría describe, ni el humanista cristiano visto por don Marcelino a pesar de su reconocimiento del “abismo de perversidad”.

Por este camino transcurre *La Prole de Celestina*. Los otros ensayos tratan de Cervantes, Lope, Calderón, Espinosa Medrano, Carpentier, Guillén y Sarduy. Todos son excelentes, pero hay que destacar la originalidad en el tratamiento de Espinosa Medrano, un personaje del que la crítica se ha ocupado poquísimos. El capítulo final, que trata de Severo Sarduy, es de enorme interés para ver bien a Sarduy y para dar la vuelta con él y así entender bien lo que ha

querido decirnos González Echevarría. Me refiero a lo que insinúa sobre la metáfora barroca y lo que al hombre reprimido le falta para darle sentido a su vida explorando en cada dirección, podría descubrirse el acierto del autor al ver en la obra de Sarduy el subconsciente de la novela latinoamericana.